

Tribuna altoaragonesa

Las excavaciones de San Francisco-Diputación

Las excavaciones del solar de San Francisco-Diputación, contra todas las previsiones, han resultado de extraordinario interés. Sólo el hecho de que hayan aparecido los vestigios obliga a replantear las hipótesis, incluso afirmaciones, que se habían hecho en relación con la Osca romana. La estructura ortogonal con la forma, disposición y montaje del aparejo de grandes dimensiones, está señalando una trama urbana, que si se puede exhumar en todo lo que apunta, probablemente dilucidará mucho con respecto a la ciudad romana. Pero no es sólo una estructura constructiva, el terreno está aportando materiales de interés: por el momento ya han aparecido, entre otros, una pequeña gargantilla o pulsera de oro, una cabecita antropomorfa y restos de otra pequeña escultura de mármol y un pequeño ariete de terracota, algo así como un *tintinnabulum* de bronce, parte de un molino de acción manual, un remate de columna y capitel muy deformado, abundantes trozos de ánforas para distintos contenidos y diferentes procedencias, varias pesas de telar, algunas monedas e ingentes cantidades de cerámica de todas las épocas, la mayor parte de difícil datación si se quiere hacer un trabajo serio y responsable, pero entre las que hay vestigios para datar el terreno siempre que se haga sin fáciles y engañosas exhibiciones de saber, y con rigor.

La importancia que el yacimiento de San Francisco ofrece para la historia de la ciudad requiere este rigor, un tratamiento adecuado y un cuidado especial, factores que, desde el primer momento, resultaron imperativos, dada la limitación de tiempo disponible, condicionado por el programa de obras, pero, al mismo tiempo, objetivos fácilmente alcanzables debido a la disponibilidad de medios prácticamente ilimitados, por parte de la Diputación. A partir del momento en que se pudo comprobar el carácter excepcional de los vestigios debió hacerse una planificación racional de los trabajos que incluía el tanteo previo de lo que podía haber y el establecimiento de un orden de prioridades. Se imponía, por supuesto una actuación metódica y adecuada que evitara las destrucciones y marcara el propio proceso a seguir, y, asimismo, tuviera en cuenta el posible destino de lo que pudiera salir y, por lo tanto, facilitara su rehabilitación.

Una excavación, que siempre se abre con el aliciente de los hallazgos, no es sólo buscar materiales y mantenerse en la expectativa de destacados descubrimientos. Todo terreno, en su estructura, composición y disposición, aparentemente casual y caprichosa, es portador de una información que hay que saber leer antes de que se desvanezca, aspecto que impone a la investigación arqueológica un tratamiento peculiar y le confiere una ambivalencia de trascendentales repercusiones. Un yacimiento va ofreciendo información en la medida en que se desentraña, pero, al mismo tiempo, lo que en parte tiene de inevitable destrucción, se convierte en contradictoria ventaja para el arqueólogo que sabe que le va a ser muy difícil al que venga detrás comprobar la veracidad de sus afirmaciones. Ventaja, que obviamente, exige unas garantías. Este contradictorio efecto hace de la arqueología algo más serio y delicado que en cualquier otro proceso de investigación, y exige un tacto y habilidad especial pues en arqueología se destruyen una parte importante de los documentos que son irrecuperables.



Sector del yacimiento de San Francisco con restos de diversas épocas.

Los restos de San Francisco están envueltos en un contexto solar de gran valor documental por su riqueza informativa, y, dada su importancia, merecen mucho más y algo completamente distinto a una mera datación. Tales restos arquitectónicos un día fueron parte de una construcción más completa, y, algún otro día, dejaron de serlo por desconocidas circunstancias. Estos restos tuvieron una determinada función estructural y sirvieron de soporte a unos muros y cubrimientos. En el solar de San Francisco, en la parte correspondiente a lo que fue bar Flor, ya es difícil saber qué tipo de materiales completaron las estructuras, qué suelos sirvieron de piso, cómo estuvieron cubiertos, por qué razón fueron abandonados y en qué forma quedaron degradados. Formular conjeturas y montar teorías a base de la recomposición de los niveles y de los materiales sucesivamente encontrados al levantar mecánicamente las capas, es hacer de las excavaciones una arqueología bastante pobre, y, afortunadamente, cada vez más discutida. Hay excavaciones en las que, dada su importancia, y la de San Francisco lo es, es imprescindible hacer cortes previos necesarios para no perder la información antes apuntada y saber cuál es el procedimiento y forma de continuar. Más que en muchos otros terrenos, en éste está apareciendo una variedad enorme de coloraciones en las que se comprueban indicios de materiales orgánicos descompuestos. Aquí, y en cualquier otro yacimiento, los rellenos no pueden menospreciarse por el hecho de serlo, cuando el lugar donde aparecen, la forma de haberse sedimentado, sus componentes y cómo están mezclados son toda una crónica en clave que hay que saber leer. La selección de materiales siempre debe ser vigilada de una forma minuciosa y continuada.

Incomprensiblemente las épocas remotas, y, particularmente la romana suscita un interés mítico que lleva al menosprecio y destrucción irresponsable de otros momentos históricos posteriores, siendo la desvalorización mayor cuando el yacimiento es de época más cercana a la nuestra. Así es como en nuestro país no se ha descubierto todavía la importancia

de la mal llamada arqueología industrial. Destruir o prestar poca atención a un yacimiento del siglo XVIII o medieval por el afán de llegar a épocas más remotas responde a malformaciones, y causa los mismos estragos que en historia del arte el destruir las creaciones barrocas para recuperar las medievales, o en documentación histórica eliminar los papeles que no sean relatos de fabulosas crónicas. No sólo tienen interés las *tegulae* romanas, en San Francisco están saliendo ladrillos de todas las épocas, fragmentos de tejas de las épocas en que fueron fabricadas y trozos cerámicos de cañería que no lo son de tejas. Aquí, como en todas partes, la presencia de guijarros y cantos rodados también está diciendo algo cuando son insólitos en el lugar. Una excavación, en definitiva, es mucho más y algo bastante diferente a la realización de ejercicios escolares de alimetría y tomar nota de los niveles a que salen los materiales, error que induce a muchos arqueólogos, a hurgar indiscriminadamente y por igual hasta encontrar las capas vírgenes, destruyendo, como en el caso de San Francisco, los suelos de un habitat, en este caso bien definido, y, que, lógicamente se puede pensar que los tuvo, y, por lo tanto, privando de futuro ade-

cuado a la excavación, al no prever la facilidad de interpretación a los visitantes de un posible museo.

La Diputación Provincial ha puesto al servicio de este yacimiento unos medios inusitados, mecánicos y de personal, en el panorama arqueológico español, que facilitaban enormemente la labor y el rendimiento, a pesar de la premura de tiempo. Alrededor de mil bolsas de trozos de cerámica corren el riesgo de tantas bolsas de cerámica, procedentes de yacimientos, almacenadas en los museos. Lamentablemente muchas de las llamadas «memorias científicas de excavación» no pasan de ser un recuento de asas, pitorros, bordes y fondos que aparecieron, a veces no se sabe exactamente dónde, y esto, después de seleccionar los trozos llamados «significativos», sobre los que se pretende reconstruir la disposición del yacimiento y darle una datación. No se comprende cómo en una excavación de la importancia de la de San Francisco y con tal disponibilidad de medios no se ha estudiado simultáneamente esa cerámica y se han hecho a tiempo, no cuando el suelo está vaciado hasta los entresijos, los estudios estratigráficos para orientar razonablemente los trabajos y hacer

rendir los medios. No se puede hablar de simples opciones metodológicas y discusiones académicas cuando se corre el riesgo de destruir la información y errar el procedimiento. El estudio permanente y la atención continuada eran imprescindibles para planificar de forma racional y coherente un yacimiento importante para la ciudad que arriesga el no poder ser excavado en su totalidad y verse destruido en buena parte. Sólo con método y dedicación se evitan en arqueología los errores y el tener que recurrir al sucedáneo de la fantasía que ya ha llevado a hacer afirmaciones tan insólitas como la del «puente romano» que se quiso ver en lo que no eran más que refuerzos de la iglesia del siglo XVIII.

Son importantes para la ciudad los restos romanos aparecidos en San Francisco. Afortunadamente así fue captado por la Diputación que no sólo vio el error que supondría el menosprecio que causaría a la ciudad la destrucción y eliminación de estos restos, así como el lamentable precedente y aprobación, *de facto* de los estragos cometidos con anterioridad, sino que ha encontrado ya formas para su adecuada rehabilitación, que los salve de quedar ocultos en un sótano inútil y desordenado. Lástima que la disponibilidad de medios, digna de todo elogio, no lleve consigo el ofrecimiento a la ciudad de unos restos construidos, no ajenos a su pasado sertoriano y de ciudad vencedora, que sean algo más que unas piedras descontextualizadas al haber sido totalmente suspendidas sobre unos apoyos de tierra, y se haya aprovechado la oportunidad para desvelar toda la crónica que ellas y su contexto portaban.

Vemos con buenos ojos la descentralización de la protección del patrimonio cultural que requiere una mayor y delicada atención, y por lo tanto, de la arqueología, pero siempre que los programas transferidos sean más coherentes y se ejecuten sin mediaciones a otros intereses ajenos a la protección del patrimonio. Ya hace tiempo que propugnamos la necesidad de que en Huesca sea vigilado arqueológicamente su subsuelo y desvelado correctamente su mensaje histórico. Nos alegramos por las buenas intenciones, pero todavía queda en la ciudad bastante para alcanzar un nivel de rigor y altura científica y conseguir clarificación en los objetivos y programas.

Antonio NAVAL MAS
Joaquín NAVAL MAS

Orientación cristiana para el domingo

UNA de las conversaciones más frecuentes es la que trata de comparar los tiempos que a cada uno nos va tocando vivir. Y, para más de uno, cualquier tiempo pasado fue mejor, mientras que otros a gusto borrarían el pasado de las páginas de la historia.

Hemos de ser realistas y no vivir añorando un pasado que nunca volverá, porque la historia es irreversible, ni tampoco debemos esperar a empezar a obrar cuando llegue ese futuro que soñamos, porque no sabemos si llegará, ni cuándo llegará, ni cómo será.

Es una ley de sano realismo el aceptar el momento que nos toca vivir, aunque esto no debe significar que nos identifiquemos con todo lo que sucede en nuestra época. Pero el momento en que vivimos es la hora en la que Dios nos llama a vivirlo en plenitud: estar en permanente actitud malhumorada con nuestra época, nos conduce al desasosiego perenne e, incluso, a la pérdida de energías vitales.

Hemos de amar este mundo nuestro que, como dice Jesús, efectivamente es un campo donde nacen juntos el trigo y la cizaña, en el que vivimos logros maravillosos

de la ciencia y de la técnica y, a la vez, monstruosidades como la fabricación de armas, las muertes de inocentes y el hambre del mundo.

Pero, en este mundo, Dios sigue haciendo realidad su designio de salvación y la fe cristiana nos dice que Dios ama apasionadamente nuestro mundo.

Aceptar el momento presente no significa hacer nuestras las pautas de los egoísmos de nuestra sociedad, pero sí solidarizarnos con las grandes causas y movimientos que surgen en la sociedad al servicio de la justicia, la paz y la libertad.

Aceptar el momento presente es tener fe en Dios, que ama al mundo, está vivo y presente en él y que quiere llevarnos a la libertad y felicidad totales.

Aceptar el momento presente es tener fe en el hombre y creer que, por la fuerza que Dios nos da, es más fuerte el amor que el egoísmo, la verdad que la mentira, la libertad que la esclavitud, la justicia que la injusticia.

Aceptar el momento presente es, en el fondo, aceptarnos a nosotros mismos, dar muestras de sentido común, bajarnos de los idealismos que nos perjudican y dar pasos en nuestra madurez personal.

† Javier Osés, obispos de Huesca